

Dr. Robert A. Peterson, El Espíritu Santo y la unión con Cristo, Sesión 7, Fundamentos para la unión con Cristo, Antiguo Testamento y Sinópticos

© 2024 Robert Peterson y Ted Hildebrandt

Este es el Dr. Robert Peterson en su enseñanza sobre el Espíritu Santo y la unión con Cristo. Esta es la sesión 7, Fundamentos para la unión con Cristo, Antiguo Testamento y Sinópticos.

Mientras continuamos pensando en los fundamentos del Antiguo Testamento para la unión con Cristo bajo la incorporación al pueblo de Dios, tenemos una pequeña sección sobre el siervo sufriente.

Aunque David es el último mediador importante del pacto en el Antiguo Testamento, los profetas presagian un mediador del pacto venidero que será a la vez un rey davídico (Isaías 9, 6 y 7) y también un siervo sufriente (Isaías 9, 6): Porque nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un hijo; el gobierno estará sobre sus hombros; y se llamará su nombre: Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su gobierno y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre.

Y en caso de que pensemos que esto va a suceder por voluntad o poder humano, el Señor añade por medio del profeta, el celo del Señor de los ejércitos lo hará. Así que, el mediador del pacto que vendrá será un Rey Davídico, pero también un siervo sufriente. Este siervo ha de ser una luz para las naciones, funcionando como alguien que representará no sólo a Israel sino a todos los pueblos de la tierra, nos dice Isaías 49 y 6.

¿Es poco para mí que seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob y para hacer volver al remanente de Israel, Isaías 49, 6? Te haré luz de las naciones, para que mi salvación llegue hasta los confines de la tierra, citado por Lucas en el libro de los Hechos cuando el evangelio va a los gentiles. Por lo tanto, él me reprenderá, no solo me disculpará. Por lo tanto, él representará no solo al Israel étnico como Abraham sino a todos los pueblos como Adán. Él vendrá no como un rey reinante, sino que será Isaías 53:3 y 4, al menos en su primera venida.

Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como uno de quien se esconde el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros lo tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.

Él fue, como nos dicen los versículos 5 y 6 de Isaías 53, herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades. Sobre él recayó el castigo que nos trajo la paz, y por sus heridas fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.

En su humillación, el siervo funciona como un mediador del pacto, tomando el castigo que su pueblo merece por su pecado para que muchos puedan ser considerados justos. Isaías 53:11. El Apóstol, porque muchos serán considerados justos, él hará que muchos sean considerados justos, y él llevará las iniquidades de ellos.

Isaías 53:11. El apóstol Pedro nos lo identifica en las palabras de Isaías 53 en 1 Pedro 2 versículos 21 y 24. Pedro cita la profecía de Isaías y la aplica directamente al Señor Jesús.

Porque para esto fuisteis llamados, porque también Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas. Él mismo, versículo 24, llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que muramos al pecado y vivamos a la justicia. 22, no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca, es una cita de Isaías 53.

Hablamos de tres grandes aspectos fundamentales de la unión con Cristo en el Antiguo Testamento. El primero es la identificación. La presencia de Dios da a su pueblo una identificación.

Ellos son su pueblo y él es su Dios. El segundo es la incorporación. Se convirtieron en un pueblo del pacto, un pueblo colectivo del pacto.

La tercera es la participación. El pueblo de Dios del Antiguo Testamento participa en la historia del pacto. Estamos unidos a Cristo como miembros de su cuerpo y estamos incorporados a él como el máximo mediador del pacto.

También participamos en Jesús y en su historia. Morimos con él, resucitamos con él (Colosenses 2:20; Colosenses 3:1), y nos sentamos con él (Efesios 2:6). El Antiguo Testamento no habla en estos términos, pero tiene un concepto similar de participación en la historia de Dios cuando Dios incluye a su pueblo en su historia. Si bien esta idea se vuelve más explícita en el Nuevo Testamento, el Antiguo Testamento considera al pueblo de Dios como aquellos que participan en la narrativa que Dios escribe al estar en relación con él a través de pactos.

Este principio de participación se relaciona con los conceptos que ya hemos estudiado. Cuando la presencia de Dios en el pacto crea a su pueblo y le da una identidad, éste experimenta su presencia y, por lo tanto, participa en su historia. Así,

por ejemplo, cuando Dios hace un pacto con Abraham y su descendencia, los incorpora a su pueblo, y Abraham, Isaac y Jacob conocen a Dios y lo aman mientras caminan con él en fe y obediencia.

En cierto sentido, los santos del Antiguo Testamento experimentan la presencia de Dios y pertenecen a su pueblo como un anticipo de la unión con Cristo de la que disfrutaban los santos del Nuevo Testamento. Pero hay más. El Antiguo Testamento también contiene pasajes en los que Dios promete poner su espíritu dentro de su pueblo.

Consideraremos dos de ellos: Ezequiel 36:24 al 28. Este pasaje es un pasaje del nuevo pacto sin utilizar esas mismas palabras, pero es un pasaje del pacto del Nuevo Testamento en virtud de las ideas que transmite.

Ezequiel 36:24 al 28. Os tomaré de las naciones, os reuniré de todos los países y os traeré a vuestra tierra. Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros ídolos.

Os limpiaré, os daré un corazón nuevo y pondré dentro de vosotros un espíritu nuevo; quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne; pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos y cuidéis de poner por obra mis preceptos. Habitaréis en la tierra que yo doy a vuestros padres, y vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios. Aquí, Dios promete traer de vuelta a su tierra al Israel disperso.

¿Por qué? Para vindicar su santa reputación y mostrar a las naciones circundantes que él es el Señor. Ezequiel 36:22, 23 e incluso 36, que no leímos. Él hará más que eso.

Él hará más que reunirlos. También los purificará de sus pecados. Versículos 25, 29, 33.

Lo hará dándoles un corazón y un espíritu nuevos. Las palabras de Ezequiel se aproximan a la doctrina del Nuevo Testamento sobre la regeneración en el versículo 26. Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros.

Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Esto dará como resultado una obediencia renovada al Señor (versículo 27).

Este es un contexto importante del Antiguo Testamento para la morada corporativa de Dios en su pueblo. Un tema del Nuevo Testamento relacionado con la unión con Cristo. Ezequiel 37:11 al 14.

Entonces el Señor dijo a Ezequiel, hijo de hombre: Estos huesos son toda la casa de Israel. He aquí, dicen, nuestros huesos se han secado, y pereció nuestra esperanza; hemos sido verdaderamente destruidos.

Por tanto, profetiza y diles: Así dice el Señor Dios: He aquí, yo abriré vuestros sepulcros, y os haré salir de vuestras sepulturas, pueblo mío, y os traeré a la tierra de Israel.

Y sabréis que yo soy Jehová, cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío. Y pondré en vosotros mi Espíritu, y viviréis, y os haré reposar sobre vuestra tierra; y sabréis que yo soy Jehová.

Yo he hablado y lo haré, dice el Señor. Ezequiel 37 continúa el tema que comenzó en el capítulo anterior. Ezequiel dice cómo se harán realidad las cosas mediante el poder sobrenatural de Dios que da vida.

Ezequiel ve un valle de huesos secos y, obedeciendo a Dios, les profetiza. A la palabra del profeta, los huesos tiemblan y se juntan y quedan cubiertos de tendones y carne. Nuevamente, a la palabra de Ezequiel, el aliento llega a los cadáveres, y estos cobran vida y se ponen de pie, constituyendo un gran ejército.

Versículos 1 al 10. Representan la recreación de Dios de su pueblo disperso y su regreso a su tierra. Versículos 12 y 14.

Una vez más, las palabras de Ezequiel prefiguran la enseñanza del Nuevo Testamento: versículo 14. Pondré mi Espíritu dentro de vosotros.

Vivirás. Sabrás que yo soy el Señor. He hablado.

Yo lo haré. Dios vivificará al Israel disperso y muerto dándoles su Espíritu y poniéndolos dentro de ellos. En Pentecostés, Dios vivifica a sus santos del Nuevo Testamento poniendo su Espíritu Santo dentro de ellos.

Llegamos al final de los fundamentos del Antiguo Testamento para la doctrina del Nuevo Testamento sobre la unión con Cristo. Es hora de concluir. Es anacrónico decir que el Antiguo Testamento enseña la unión con Cristo.

Más bien, lo prefigura. El primero es la identificación. Dios se identifica con su pueblo en el Antiguo Testamento a través de su presencia en el pacto.

Al hacerlo, les otorga una identidad: él es su Dios y ellos son su pueblo. Esta identidad prefigura la unión con Cristo en la nueva alianza como presencia de Dios en la alianza por excelencia.

También prefigura la identidad de los santos del Nuevo Testamento como los que están en Cristo. En segundo lugar, la incorporación. Dios incorpora a un pueblo elegido a un pueblo del pacto.

Se relacionan con Dios a través de un mediador del pacto. En el Antiguo Testamento, estos incluyen a Adán, Noé, Abraham, Moisés y David. Sin embargo, el mediador del pacto por excelencia viene en la forma de alguien que es a la vez rey davídico y siervo sufriente, Jesucristo.

Por su mediación en la muerte, hace expiación por los pecados de su pueblo y , en su resurrección, lo hace vivo para Dios. Vendrá una segunda vez, no para sufrir, sino para reinar como hijo de David por excelencia. Tercero, la participación.

El pueblo de Dios participa en la historia del pacto, lo que presagia la manera en que la iglesia del Nuevo Testamento participará en la muerte y resurrección de Jesús. Esto sucederá cuando las profecías del Antiguo Testamento concernientes al Espíritu Santo se cumplan en Jesús y su ministerio, incluido el Pentecostés.

En definitiva, el Antiguo Testamento sienta las bases para comprender la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la unión con Cristo. Fundamentos de la unión con Cristo en los Evangelios sinópticos. Una vez más, le doy crédito a mi antiguo asistente de cátedra, Kyle Keating, por su excelente investigación e incluso por sus escritos.

Los evangelios sinópticos nos presentan a Jesús de Nazaret. Nazaret. Todos ellos dan testimonio de que Jesús es el Cristo de Dios, el Mesías que salvará a Israel y se convertirá en luz para las naciones.

Compárese con Lucas 2:32. Si el Antiguo Testamento prefigura la unión con Cristo, entonces los Evangelios sinópticos son un lugar razonable para comenzar a buscar la unión con Cristo en el Nuevo Testamento, ya que cuentan la historia de Jesús. Sin embargo, hay pocas referencias a la unión con Cristo en los sinópticos.

¿Por qué? En primer lugar, los Evangelios se centran más en contar la historia de Jesús que en tratar de explicar sus implicaciones como enseñanza didáctica. Cuando aparecen doctrinas, a menudo lo hacen de manera indirecta, como parte de la historia, más que como doctrinas en sí mismas. En segundo lugar, el contexto histórico-redentor de los Evangelios sinópticos significa que la mayoría de sus narraciones preceden a la muerte y resurrección de Cristo.

Si la unión con Cristo es una doctrina arraigada en la muerte y resurrección de Cristo, entonces sería inusual esperar una explicación completa antes de que ocurrieran esos eventos. Sin embargo, ambas explicaciones son válidas también para el Evangelio de Juan, que tiene muchas más referencias a la unión con Cristo que los

Sinópticos. ¿Por qué? Todos los textos de Juan que se refieren claramente a la unión con Cristo son exclusivos de él y parecen haber sido extraídos de fuentes únicas.

Además, las diferencias temáticas entre los evangelios sinópticos y Juan sugieren un enfoque diferente. Mientras que Juan se centra en la relación entre Jesús y el Padre y Jesús y su pueblo, los sinópticos dedican menos tiempo aquí a centrarse en otros temas como el Reino de Dios o el cumplimiento del Antiguo Testamento por parte de Jesús. Entonces, ¿qué dicen los sinópticos sobre la unión con Cristo? Señalan el establecimiento real de aquello a lo que los creyentes están unidos.

Cuando decimos que los creyentes están unidos a Cristo, la pregunta implícita es: ¿quién es este Cristo? Los Sinópticos responden a esta pregunta, presentando la identidad y la misión de Jesús. Los Sinópticos establecen entonces el fundamento teológico de la unión con Cristo. Además, establecen el verdadero fundamento histórico redentor de la unión.

Nos muestran la obra redentora de Cristo aplicada a nosotros en unión con Él. La unión se establece a través de los mismos tres conceptos que vimos en el Antiguo Testamento: la identificación en Jesús como Emmanuel y el esposo.

Incorporación a través de Jesús como mediador del pacto por excelencia.
Participación en la historia de Jesús. Las repetiré antes de analizarlas una por una.

Identificación en Jesús como Emmanuel y esposo. Incorporación a través de Jesús como mediador de la alianza por excelencia. Y tres, participación en la historia de Jesús.

Identificación en Jesús como Emmanuel y esposo. Jesús como Emmanuel. Los Sinópticos aluden a la unión con Cristo en términos de identificación cuando presentan a Jesús como Emmanuel.

En el Antiguo Testamento, vimos que Dios se identifica con su pueblo a través de su presencia en el pacto con ellos. Encontramos este tema de identificación a través de la presencia de Dios también en el Evangelio de Mateo. Mateo cita Isaías 7:14 y lo aplica al nacimiento de Jesús.

José se queda perplejo cuando se entera de que María está embarazada y piensa en divorciarse de ella en secreto hasta que un ángel le trae un mensaje de bienvenida. No dudes en casarte con ella, José. Lo que en ella es concebido es del Espíritu Santo, Mateo 1:20 al 23.

Y le pondrás por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros. Mateo presenta a Jesús como la presencia de Dios con su pueblo. Mateo hace lo mismo dos veces más.

En Mateo 18:19 al 20, Jesús dice: Id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días. Hasta el fin del mundo, Mateo 28:19 y 20.

Charles Quarles , QUARLES, Charles Quarles Esto tiene una implicación importante. Mateo 1:23, la declaración de Emmanuel y Mateo 28:20 sirven para enmarcar todo el Evangelio. La promesa de que Jesús está con nosotros al principio del Evangelio se cumple en última instancia en la garantía de Jesús: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”, al final del Evangelio.

Charles L. Quarles, una teología de Mateo, Jesús se revela como libertador, rey y creador encarnado. Estas dos promesas de la presencia de Jesús entre su pueblo encierran una tercera promesa. Cita: donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

Cita final: Mateo 18:20. Quarles explica nuevamente que “Mateo 18:20 es un elemento de una tríada que afirma la presencia de Dios con su pueblo en la persona de Jesús”.

Dios se identifica con su pueblo visitándolo en la persona de Jesús, anticipando así la unión con Cristo y su espíritu morador. Jesús como esposo. Otro relato de Mateo y Marcos utiliza el símbolo del matrimonio para mostrar cómo Jesús se identifica con su pueblo.

Mateo 9:14 y 15 merece ser leído. Entonces los discípulos de Juan se acercaron a Jesús y le preguntaron: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos, pero tus discípulos no ayunan? Jesús les dijo: ¿Acaso los invitados a la boda pueden estar de luto mientras el novio está con ellos? Llegarán días cuando el novio les será quitado, y entonces ayunarán. Jesús usa imágenes de bodas para mostrar las implicaciones de su presencia entre ellos.

Escuchemos el comentario de DA Carson sobre Mateo: “La respuesta de Jesús fue implícitamente cristológica. Él mismo es el novio mesiánico”. Pero si Jesús es el novio, ¿quién es la novia? En las imágenes del Antiguo Testamento, el novio es Yahvé y su pueblo, Israel, la novia. Compárese con Isaías 62:5 y Oseas 2:19 y 20.

Isaías 62:5, Oseas 2:19 y 20. De manera similar, Jesús se presenta a sí mismo como el novio y a su pueblo, la iglesia, como su novia. Pablo retoma la misma imagen marital que veremos en Efesios 5:25, 27, 1 Corintios 6:15 al 20, 2 Corintios 11:1 al 5. Eso es Efesios 5:25, 27, 1 Corintios 6:15 al 20, 2 Corintios 11:1 al 5. Si bien el desarrollo de esta imagen es obra de Pablo, las palabras de Jesús establecen su fundamento.

Jesús es el novio y la iglesia es su novia. Él se identifica con su pueblo como el novio se identifica con su novia el día de su boda. Incorporación a través de Jesús como mediador del pacto por excelencia.

Así, vemos el tema de la identidad, Jesús se presenta con su pueblo y su ser esposo con su pueblo implicado, su pueblo, la iglesia; su presencia con ellos los identifica como pueblo de Dios. Ahora, la incorporación trae consigo este acento comunitario que vimos en el Antiguo Testamento. Incorporación a través de Jesús como mediador del pacto por excelencia.

Los sinópticos presentan a Jesús como el máximo mediador del pacto, el máximo representante del pueblo de Dios. Vimos a los mediadores del pacto incorporados en el Antiguo Testamento. Los sinópticos presentan a Jesús como el nuevo y mayor Israel.

En la transfiguración, cuando Pedro sugiere que él, Santiago y Juan hagan tres tiendas para sus invitados, Moisés, Elías y Jesús, Dios los interrumpe (Lucas 9:34, 35). ¡Vaya si los interrumpe!

Pedro, estás dando una vez más una impresión equivocada. Maestro, es bueno que hagamos tres tiendas aquí. ¡Vaya!

Uno para ti, otro para Moisés, otro para Elías. Sin saber lo que decía, Lucas añade: Mientras decía estas cosas, Lucas 9:34.

Vino una nube que los cubrió con su sombra, la nube de la presencia divina, y tuvieron miedo al entrar en la nube. Y salió de la nube una voz que decía: Este es mi hijo, mi elegido. Escúchenlo.

Y cuando la voz hubo hablado, Jesús se encontró solo. Es la voz del Padre que explica la identificación de Jesús. Él es el propio hijo de Dios, el elegido.

Moisés y Elías, representando la ley y la cita de los profetas, hablaron de su partida, que estaba por cumplirse en Jerusalén, versículo 31. Es una referencia fascinante, a la que me referí en una conferencia anterior.

No se puede traducir una palabra de dos maneras. La palabra partida es literalmente éxodo. Es la partida de Jesús de este mundo, su muerte.

Pero su partida de este mundo y su muerte por crucifixión es su éxodo. Ese es el antitipo del acontecimiento del Antiguo Testamento de la gran liberación de Egipto de la esclavitud egipcia, que apuntaba hacia la gran redención que solo Cristo llevaría a cabo para su pueblo de una vez por todas. Las palabras hijo de Dios, éste es mi hijo, dijo el Padre desde el cielo, retratan a Jesús de una manera similar a la del Israel del

Antiguo Testamento como hijo de Dios, así como Jesús, como representante de Israel, es el Mesías.

El segundo título, "Él es mi hijo, mi elegido", confirma esta conclusión. Así como Israel es el pueblo elegido de Dios, Jesús es el elegido de Dios, el Mesías, que representará a Israel como el único israelita perfectamente fiel. Darrell Bock es conciso.

"Cuando se juntan los dos títulos, hijo de Dios, elegido, Jesús es identificado como el siervo mesiánico", Darrell Bock, Comentario exegético de Baker sobre el Nuevo Testamento, Lucas, volumen uno. Como Mesías, Jesús es el mediador del pacto por excelencia.

Él es el máximo mediador del pacto, que se erige como representante del pueblo de Dios por la eternidad. A través de una generación al principio, a través de una genealogía al comienzo de su evangelio, Mateo vincula a Jesús con David y Abraham, como hemos visto, Mateo 1, 1 a 17. Tanto David como Abraham fueron mediadores del pacto del Antiguo Testamento.

La genealogía de Mateo muestra que Jesús es un mediador del pacto del mismo tipo que Abraham y David, pero es mayor que ellos. Quarles resume Mateo uno por uno: "Jesucristo, el hijo de David, el hijo de Abraham. Jesús es el nuevo David, nuestro Rey. Es el cumplimiento del pacto de Dios con David. Jesús es el nuevo Abraham, nuestro fundador. Cumple el pacto de Dios con Abraham al crear un nuevo pueblo elegido compuesto tanto de judíos como de gentiles que serán santos como Dios es santo y que servirán como luz para las naciones".

Jesús no sólo es mediador de la alianza, sino que es mediador de la nueva alianza profetizada por profetas del Antiguo Testamento como Jeremías 31 y, como vimos, Ezequiel 36 y 37. Durante la última cena, Jesús parte el pan diciendo: esta copa es la nueva alianza en mi sangre, Lucas 22:19 y 20. Jesús inaugura la nueva alianza de la que es mediador con su muerte y resurrección, sellada y celebrada en la Cena del Señor.

Los tres evangelios sinópticos establecen las credenciales mesiánicas de Jesús. Al final de cada uno de ellos no hay duda de que Jesús es el Mesías que sigue a los mediadores del pacto anteriores, Adán, Noé, Abraham, Moisés y David, pero mayor que todos ellos juntos. En esta identificación de Jesús como Mesías está implícita la realidad de que, como mediador del pacto, representa al pueblo de Dios.

Los sinópticos proporcionan un fundamento para la unión con Cristo cuando establecen a Jesús como el mediador del pacto al que se une el pueblo de Dios y por quien éste es representado. Así, al igual que en el Antiguo Testamento, vemos en los evangelios sinópticos, en primer lugar, el tema de la identidad.

Jesús identifica a su pueblo consigo mismo como pueblo de Dios, y luego, con la incorporación implícita en las palabras de Jesús acerca de sí mismo y de sus roles como mediador del pacto y siervo sufriente, está su incorporación de su pueblo como pueblo de Dios como individuos, por supuesto, pero también como un cuerpo, como su cuerpo, la iglesia, como Pablo lo hará explícito. En tercer lugar, la participación en la historia de Jesús. Nuestro tercer tema del Antiguo Testamento resuena en los evangelios sinópticos.

Los evangelios sinópticos describen de forma vívida la historia de Jesús, desde su encarnación hasta su resurrección. El lenguaje de la participación, en relación con la unión con Cristo, significa que compartimos su historia. Es decir, participamos en los acontecimientos que dan forma a la historia de la vida de Jesús en la tierra.

Así, al describir la historia de Jesús, los Sinópticos nos muestran la historia en la que también participamos. Los Sinópticos cuentan la historia de Jesús en términos de lo que él realizó en la historia. Si la participación asegura compartir la obra que él realizó, ¿en qué consiste esa obra? Los Sinópticos presentan la concepción virginal de Jesús y su encarnación.

Mateo 1:18-25. Lucas 1:26-38. Lucas 2:6-7.

No creo que hayamos leído eso. Y mientras estaban allí en Belén, se le cumplió a María el tiempo del parto. Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.

Mateo dice que éste tiene nombre, y tanto a José como a María se les dijo que lo llamaran Jesús, que significa Salvador o el Señor salva porque salvaría a su pueblo de sus pecados. El Hijo eterno de Dios se hizo hombre en Jesús de Nazaret. La tradición cristiana ha comprendido desde sus primeros días que la encarnación de Jesús es única, pero que establece una especie de unión entre lo humano y lo divino.

Los teólogos utilizan el término hipostática, o unión personal, para describir la relación entre las naturalezas divina y humana de Jesús. El Hijo divino asumió una naturaleza humana. En adelante es una persona con dos naturalezas, una divina y otra humana.

Las dos naturalezas están unidas en su persona, y por tanto, su unión es personal o hipostática. La unión que el pueblo de Dios tiene con Cristo no es idéntica a esta unión hipostática única. No somos los Dios-hombres, pero la unión hipostática prepara el terreno para ver cómo la deidad puede condescender con la humanidad y establecer una unión entre los dos.

La encarnación única del Hijo de Dios es la base de nuestra unión con él en la salvación. Él, el Hijo eterno, no tomó para sí un hombre, sino una naturaleza humana en el seno de la Virgen María. Ella fue su madre y le aportó lo que toda madre aporta a su hijo: el ADN y los cromosomas.

Nació, pues, como su hijo primogénito, pero siempre había sido el Hijo eterno de Dios. La encarnación dice que el Hijo eterno se hizo hombre, no adoptando a un ser humano existente, sino tomando una naturaleza humana dentro del seno de María y naciendo como Dios y hombre en una sola persona. Esa encarnación hace posible nuestra unión con él.

Los sinópticos introducen la encarnación, pero se centran en la muerte y resurrección de Jesús. Pablo dice con frecuencia que los cristianos están unidos a estos acontecimientos. Mateo, Marcos y Lucas cuentan la historia en la que, según las epístolas de Pablo, participan los creyentes.

Conclusión de los evangelios sinópticos. Este breve estudio de la unión con Cristo en los evangelios sinópticos revela que la unión como doctrina, como enseñanza formal, no está presente. En cambio, encontramos una imagen de la unión presentada en un sentido histórico-redentor.

Los sinópticos revelan la identificación de la persona a la que los creyentes se unen en la salvación. Los tres primeros evangelios narran los acontecimientos en los que Pablo nos dirá más tarde que participaron. Los sinópticos presentan a Jesús como Emanuel, Dios con nosotros, que representa la morada definitiva de Dios con su pueblo, quien en virtud de su vida sin pecado, muerte y resurrección, ascensión y segunda venida marcará el comienzo de la morada cósmica definitiva de Dios con su pueblo cuando la nueva Jerusalén descienda del cielo a la tierra y entonces el cielo y la tierra serán uno.

Esto sólo es posible gracias a la muerte y resurrección de Jesús, y sólo es posible gracias a su encarnación, condición esencial de su obra expiatoria y triunfante, junto con su vida sin pecado, por supuesto. Los Sinópticos presentan a Jesús como Emanuel y lo presentan simbólicamente como el novio, ilustrando su identidad con su pueblo a través de su presencia con ellos. Los discípulos, mis discípulos, no pueden ayunar mientras el novio esté con ellos.

Llegará un momento en que el novio los dejará, y entonces ayunarán. Ah, sí, y el novio no los dejará solos, sino que enviará al Espíritu Santo, quien, entre otras cosas, los unirá formalmente a Cristo en la salvación individual y corporativamente. Los sinópticos describen a Jesús como el mediador del pacto más allá de todos los mediadores del pacto, el mediador del pacto por excelencia, que incorporará a los creyentes a una nueva comunidad del pacto, la iglesia cristiana.

Finalmente, cuentan la historia de Jesús y llaman a los creyentes a seguirlo, a participar en su historia como discípulos. Al final de los Evangelios, se han establecido los acontecimientos fundamentales para la unión con Cristo. El siguiente paso en el desarrollo de los cimientos de la unión con Cristo por parte de Dios es que esa unión se materialice en la vida de la iglesia.

A eso nos referiremos ahora en el libro de los Hechos: Fundamentos de la unión con Cristo en los Hechos. Una vez más, Kyle Keating fue mi compañero, colaborador y ayudante en este buen material.

La unión no comienza con Pablo. Vemos fundamentos para la unión con Cristo en el Antiguo Testamento, los evangelios sinópticos y ahora en Hechos. A pesar del énfasis en la salvación tanto en el Evangelio de Lucas como en Hechos, el énfasis tiende a estar en el qué de la salvación en lugar del cómo de la salvación.

El libro de los Hechos es narrativo y está basado en el discurso, y no en una enseñanza puramente didáctica como las epístolas. Por lo tanto, preguntar si enseña una doctrina determinada es no entender la intención del texto. Sin duda, toda la Escritura tiene como propósito enseñar al pueblo de Dios, pero debemos tener en cuenta el género de los Hechos, el género, al evaluar si Lucas explica la doctrina de la unión con Cristo.

En Hechos, vemos los mismos tres conceptos que en los dos capítulos anteriores: identificación, incorporación y participación. Identificación, incorporación, participación. Identificación en el ministerio del Espíritu Santo y, de manera notable y dramática, en la conversión de Pablo.

Incorporación al rito del bautismo. Participación en la repetición del relato de Jesús y en la utilización que hace Lucas del siervo sufriente de Isaías. Identificación en el ministerio del Espíritu Santo y en la conversión de Pablo.

El concepto de identificación como un subconjunto de la unión con Cristo. Aparece en el ministerio del Espíritu Santo y en los relatos del libro de los Hechos sobre la conversión de Pablo, que pasó de ser el mayor perseguidor de la iglesia a ser un gran defensor de la iglesia. La identificación en el ministerio del Espíritu Santo.

Desde una perspectiva histórica redentora, Pentecostés sienta las bases del libro de los Hechos. Pedro, en su sermón de Pentecostés, transmite el ministerio de Jesús a la iglesia cuando el Espíritu Santo prometido cae sobre la gente. En su evangelio, Lucas se centra en el Espíritu Santo en el nacimiento de Jesús, aunque el Espíritu aparece también en otros dos lugares clave.

Lucas destaca la predicción que Jesús hizo de Pentecostés (Lucas 11:13) y la seguridad que Jesús dio de que el Espíritu guiaría a los discípulos en cuanto a qué

decir cuando se enfrentaran a una situación. Ambas cosas prefiguran la experiencia de los apóstoles en Hechos cuando enfrentaron la persecución. Las palabras de Jesús en el evangelio de Juan también preparan la llegada del Espíritu en Pentecostés.

Jesús dice que es bueno que él se vaya, para que venga el Consolador, Juan 16:7. Él tomará lo que es Jesús y se lo declarará a los discípulos, versículo 15. Después de Pentecostés, el Espíritu mediará entre Cristo y los apóstoles, tomando la revelación de Cristo y dándosela a ellos. Pedro, en su sermón de Pentecostés, dice: A este Jesús resucitó Dios, y de ello todos nosotros somos testigos.

Así, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís, Hechos 2:32 y 33. Jesús derrama su Espíritu sobre su pueblo en Pentecostés, cumpliendo la predicción del Antiguo Testamento de la promesa del nuevo pacto, cita, Pondré mi Espíritu dentro de vosotros, cita final, Ezequiel 36:27. Lucas no explica los detalles de Pentecostés, pero el resto del Nuevo Testamento sí lo hace.

Robert Lethem explica un aspecto de Pentecostés: “El Espíritu vendría a morar en los creyentes y a unirlos a Cristo”. El libro de Lethem, *Unión con Cristo en las Escrituras, la historia y la teología*. Por lo tanto, en términos históricos redentores, Pentecostés marca el anuncio público de la morada del Espíritu y el comienzo de su ministerio de unir a las personas con Cristo.

El resto del Nuevo Testamento explica lo que está sucediendo tras bambalinas en Hechos, uniendo a los creyentes con Cristo. Así, Pentecostés funciona como un prerequisite histórico redentor para el ministerio del Espíritu. Es el momento en que Dios se identifica con su pueblo, una vez más, al morar en ellos con su Espíritu, y el Espíritu se involucra en un ministerio que se detalla en el resto del Nuevo Testamento, y ese ministerio se conoce como Unión con Cristo.

Identificación en la conversión de Pablo. Existen conexiones significativas entre la conversión de Pablo, especialmente en Hechos 9, y la teología de sus cartas, incluida la Unión con Cristo. Por ejemplo, Romanos 11, que es una biografía, desempeña un papel explícito en su pensamiento teológico.

Saulo de Tarso viaja a Damasco para perseguir a los cristianos. En el camino, queda ciego y se encuentra con el Cristo vivo. ¿Quién eres, Señor?, pregunta Saulo.

Yo soy Jesús, a quien tú persigues, versículos 4 y 5. La clave aquí es la identidad de Jesús. Primero, se identifica como el Dios de la teofanía. Segundo, Jesús se identifica con la iglesia naciente.

¿Por qué me persigues?, le pregunta Jesús a Saulo, que sin duda empieza a sentirse realmente perplejo. David Peterson, cuyo gran comentario sobre los Hechos es uno

de mis favoritos, dice que el Cristo resucitado vio la persecución de sus discípulos como un ataque a sí mismo, identificándose claramente con la iglesia. Los que están unidos a Cristo por la fe sufren como él, y él se identifica con ellos en su lucha.

Cerrar cita. Como dice Campbell en su libro, Pablo y la unión con Cristo, el catalizador original para el desarrollo de la teología de Pablo sobre la unión con Cristo puede verse como las palabras de Pablo, como las palabras de Jesús, lo siento, a Pablo en el camino a Damasco . Cerrar cita.

El relato de Lucas sobre Pentecostés y el relato de Lucas sobre la conversión de Pablo pintan un cuadro de la autoidentificación de Jesús con su pueblo que Pablo explica más adelante y experimenta utilizando el concepto de unión con Cristo. Explica y amplía utilizando el concepto de unión con Cristo. Incorporación en el rito del bautismo cristiano.

El aspecto de incorporación de la unión con Cristo aparece en el libro de los Hechos principalmente como bautismo en el nombre de Jesús. El bautismo funciona como la marca de entrada al pueblo de Dios, una marca que se extiende a judíos y gentiles por igual. Al final de su sermón de Pentecostés, Pedro ordena, en el versículo 238, arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesús para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo.

El versículo 41, los que recibieron su palabra, indica que Pedro incluye la fe por implicación en sus mandatos de arrepentirse y ser bautizados. El versículo 41 habla de los que recibieron su palabra. Leemos de nuevo e implicamos que el mandato de arrepentirse era un arrepentimiento creyente, es decir, fe, alejarse del pecado, arrepentirse, volverse a Cristo como se ofrece en el evangelio, fe.

Es una inferencia legítima. El versículo 41, "los que recibieron su palabra", indica que Pedro incluye la fe por implicación en los mandatos de arrepentirse y ser bautizados. Pero Pedro resume deliberadamente la respuesta del evangelio como arrepentimiento y bautismo.

El arrepentimiento implica que la multitud reconozca que había rechazado a Jesús. El versículo 23, si bien el bautismo incluye la fe y funciona como un cambio de lealtad, las multitudes judías alguna vez fueron enemigas de Jesús. Ahora son bautizadas en él.

De este modo, el bautismo se convierte en la marca de la pertenencia al nuevo pacto, la señal de la incorporación a Jesús y, por tanto, a su pueblo. Los Hechos carecen del lenguaje típico de Pablo en Cristo. Lo más cercano que vemos a un paralelo es el análisis que hace Lucas del ministerio en el nombre de Jesús.

Al menos doce veces en los Hechos, Lucas utiliza la frase para referirse al ministerio de los apóstoles, especialmente en la sanación y el bautismo. Craig Keener señala que las personas que se bautizaban en su nombre indicaban a quiénes seguirían. *Keener's Acts, an Exegetical Commentary*.

No podemos deducir que Lucas pretendiera expresar la unión con Cristo en Hechos. El bautismo es la manifestación física del arrepentimiento y la fe, así como la incorporación a la iglesia. El bautismo, en el nombre de Jesús, no es tanto una formulación de la unión con Cristo como una declaración de propiedad.

El bautismo en los Hechos declara, y cita, que este es el bautismo de Jesús, y aquellos que son bautizados en el nombre de Jesús son sus seguidores. Necesitamos terminar con esto por ahora y retomarlo en nuestra próxima lección cuando hablemos sobre la participación en la repetición de la historia de Jesús en los Hechos y el uso que hace Lucas del siervo sufriente de Isaías.

Este es el Dr. Robert Peterson en su enseñanza sobre el Espíritu Santo y la unión con Cristo. Esta es la sesión 7, Fundamentos para la unión con Cristo, Antiguo Testamento y Sinópticos.